

OSCAR WILDE

Thomas Wainewright,
envenenador
y otros textos fulminantes

Selección, traducción y prólogo
de Juan Manuel Vial



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

PRÓLOGO

JUAN MANUEL VIAL

Haber descubierto a Oscar Wilde siendo niño marcó de una manera insospechada mi posterior trayectoria como lector. Sus cuentos fueron el primer enganche poderoso que recuerdo con el acto de leer, y es llamativo que con el paso de los años, y ya irremediabilmente aporreada la memoria tras décadas de abusos, todavía sea capaz de revivir las impresiones infantiles que me produjeron “El gigante egoísta” y “El fantasma de Canterville”, por nombrar un par de relatos conocidos. Wilde, no tengo dudas al respecto, fue mi primer escritor favorito. Y hasta el día de hoy sigue siendo un parámetro al que recorro, con mayor o menor grado de conciencia, con mayor o menor voluntad, a la hora de encasillar a sus pares.

Hubo una época, mucho después de su muerte, en la que a Wilde se le consideraba un autor frivolón. Y hasta hace poco todavía era posible encontrar en el mundo angloparlante gente que así pensaba. En algún momento de la primavera de 1998, en un bar ubicado en la calle M de la ciudad de Washington, le oí pronunciar a cierto parroquiano una pachotada no solicitada, ya que desde nuestra mesa, donde efectivamente se hablaba

de Wilde, nadie había requerido su conversación. ¿Acaso no es Wilde, planteó el hombre con desafiante desdén, un escritor demasiado *citabile*? (*quotable*, en inglés, suena peor).

Para hacernos una idea de lo *quotable* que puede o no puede ser Oscar Wilde, resulta útil referir la siguiente anécdota, fruto de una de aquellas “deliciosas veladas londinenses”, según diría, o quizás dijo, nuestro hombre. Entre las lumbreras presentes figuraba el pintor norteamericano J. A. M. Whistler, quien de pronto se hizo de la palabra y en cosa de minutos sedujo al auditorio con el encanto de su conversación. Naturalmente, de su boca salió una ocurrencia ingeniosa —las crónicas no registran cuál—, celebrada con entusiasmo por los concurrentes. Fue entonces cuando Wilde acotó: “Ay, cómo me habría gustado decirlo a mí”, a lo que Whistler replicó: “Ya la dirás, querido Oscar, ya la dirás”.

De niño también me enteré, a través de un comentario de algún adulto de mi familia, que un tío de mi abuela había conocido a Wilde, que éste se había enamorado de él y que le había regalado una copia dedicada de *El retrato de Dorian Gray*, la que el favorecido, dando muestras de una imperdonable liviandad, aseguró haber perdido en una mudanza, así, como quien pierde un cuaderno de cuentas o un pañuelo de bolsillo. El comentario también incluía una botella de champagne Ayala y una acotación sobre la gordura de la madre de Wilde. Y ahí se ensombrecía. O hasta allí lo recordaba yo. Lo que sí era verificable era la apostura del pariente aludido, a juzgar por una foto suya que mi abuela aún conserva.

Años después accedí a la versión original, las memorias que escribió el tío de mi abuela. El asunto no era tal cual la mitología familiar lo pintaba: amante de la hípica, el buen hombre había forjado amistad con Alfred Douglas, alias Bosie, ese aborrecible señorito que conduciría a Wilde a la ruina, quien lo invitó cortésmente a visitar a su amigo Oscar. Ambos se habían visto por casualidad en el Hotel Berkeley, en abril o mayo de 1888: “Un día, en el bar del Berkeley, me encontré con mi amigo de las carreras, lord Alfred Douglas, y me dijo que su compañero Oscar Wilde, que se encontraba en el mismo hotel, deseaba conocer a un sudamericano para hablar sobre las posibilidades literarias que había en esos países, y que él había hablado de mí. Me invitó a tomar un cocktail a su departamento”.

Nuestro compatriota, entonces un jovenzuelo de dieciocho años, aceptó el convite sin dudar, pues Wilde y los estetas “estaban de moda en Londres, y el *Punch* y aun los teatros no hablaban sino de sus extravagancias”. Primera sorpresa del visitante: Wilde no lucía como él sabía que vestían los estetas, “chaqueta de terciopelo negro ribeteada, sombrero blanco de anchas alas, calzón corto, zapatos de charol con hebilla de plata, chalina de color llamativo alrededor del pescuezo, llevando una flor grande en el ojal y otra mayor, como un lirio o una cala, en la mano”. Wilde estaba “elegantemente vestido como nosotros, con un lindo clavel amarillo en el ojal”. En la ocasión lo acompañaba Whistler. Y sobre la mesa había un retrato “de una señora gorda, firmado Speranza”.

Wilde era un seductor impenitente, de ello no hay dudas. “Sonrosado, gordo y afeitado, el pelo un poco lar-

go, no era buenmozo, pero sí atrayente, conversador admirable y divertido, con una voz melodiosa como la *voix d'or* de Sarah Bernhardt; además, no sabía sino decir cosas agradables”, anota el tío de mi abuela. De literatura sudamericana fue poco lo que se habló, puesto que el muchacho había salido demasiado joven de Chile, según explicó, como para tener alguna noción válida al respecto. No obstante, le ofreció a su anfitrión, cuando éste fuese a París, ponerlo en contacto “con nuestro antiguo ministro, don Alberto Blest Gana, que era de los mejores novelistas que teníamos”. Wilde, es fácil deducirlo, no demostró ningún interés por tal posibilidad.

Sin embargo, el tema más significativo que se trató durante aquella deliciosa velada londinense fue precisamente literario: “Me confesó que por el momento estaba dedicado a una novela que seguramente levantaría protestas y que se llamaba *El retrato de Dorian Gray*”. Y permítaseme aquí una mínima digresión: cada vez que surge un testimonio de que Wilde preveía en cierto modo los horrores que le deparaba el futuro, resulta inquietante y sombrío, pues se percibe en él un voluntarismo trágico que, a fin de cuentas, lo llevaría a una muerte infame. La primera versión de su única novela, publicada en una revista en 1890, le significó el odio de los eminentes victorianos, quienes, poco tiempo después, apuntarían satisfechos al cadáver de Wilde con la moral altamente complacida.

El aposento de Wilde, según el testimonio de mi lejano pariente, “estaba bien puesto” y él “vivía muy bien”. Antes de despedirse, el irlandés agasajó al chileno con una botella de champagne Ayala, sandwiches de caviar, papas fritas

y cigarrillos egipcios Isherwood, “con las puntas doradas”. Tras ello, la cortesía final: “Me obsequió un libro con su dedicatoria, *Fairy Tales*, que más tarde me robaron”.

Los textos fulminantes que componen este librito, en apariencia escueto, fueron escritos por Wilde entre 1882 y 1889, época en que él brillaba con múltiples destellos en Londres. Algunos nunca habían sido traducidos al castellano, pero la importancia del conjunto, tiendo a pensar, radica en que el autor expone una sustanciosa teoría artística desde puntos de vista muy diferentes: la sorprendente biografía de un envenenador admirable, los códigos de la apropiada decoración del hogar, algunas impresiones graciosas de Estados Unidos, la filosofía del buen vestir, ciertos valiosos consejos a los estudiantes de arte y una instructiva divagación acerca de las modelos y los modelos de Londres.

Aunque varios de estos temas, así consignados, puedan sonar a frivolidades, es notorio que, incluso cuando habla de los patrones en el género con el que desea mandarse a hacer una capa, Wilde está defendiendo una posición estética sólida y elevada, bastante lejana, por cierto, a la rimbombante y altísima figura que se paseaba por los salones londinenses vestida de libélula, la expresión lánguida y un enorme lirio marchito en la mano. No es por tanto ingenua la sorpresa del visitante chileno al verlo lucir un atuendo convencional, pues él mismo había asistido en París a una famosa opereta de la época (*Patience*, de Gilbert y Sullivan) que hacía mofa de la calculada afectación y la provocadora estridencia de Wilde.

En la primera pieza de esta selección, la más larga y contundente, se encuentra otro de los testimonios inquietantes y sombríos que acabo de mencionar. De hecho, la frase puede servir como preámbulo a la manera en que una época raída y mediocre, la victoriana, juzgó y condenó al más brillante de sus detractores: “El hecho de que un hombre sea un envenenador no atenta en contra de su prosa. Las virtudes domésticas no son las bases verdaderas del arte, aunque puedan servirles como excelente propaganda a los artistas de segunda”.

Hasta ahora se han llenado siete volúmenes en inglés con las obras completas de Oscar Wilde. Y entre lo que podría llamarse su escritura de combate, o periodística, pese a que él detestaba esta palabra, siguen apareciendo novedades. Es el caso de “La filosofía del vestir”, articulillo que no se publicaba desde 1885 y que, en su momento, gracias a las reacciones que provocó, le significó a Wilde asumir un cargo poco conocido, el de editor de una revista femenina llamada *The Woman's World*.

Particularmente cómicos, y a ratos maliciosos, son los textos dedicados a Estados Unidos y sus habitantes. Wilde, como se sabe, emprendió dos exitosos tours de conferencias por ese país, en 1882 y 1883, y, a pesar de lo que en un principio uno podría llegar a creer, mucho de lo que vio ahí le agradó. En estas páginas se incluye una charla referida a cómo los estadounidenses deberían decorar sus casas, y otra dictada en Londres para explicarle a un auditorio local las peculiaridades de Norteamérica.

La desacralización de la actividad artística, la abominación del retorcimiento académico, la búsqueda de una

verdad tan simple como monumental están aquí reflejadas en un par de atractivos escritos. En el primero de ellos, Wilde instruye personalmente a los estudiantes de arte en todo aquello que les es necesario para no perder el rumbo ni dejarse llevar por las modas efímeras. Y en el segundo, un texto realmente visionario, Wilde, se diría que sin proponérselo, traza una historia magnífica de un oficio, el de modelo, que hoy se cuenta entre las más codiciadas ocupaciones de nuestro tiempo.

No obstante su brevedad, este libro cumple tres requisitos que, tratándose de Wilde, son importantes para mí y acaso les resulten provechosos al lector: introduce a una personalidad agradable más que a un genio en las alturas, reúne una convicción estética profunda más que un conjunto de aforismos vistosos y fija la vista sobre una sombra distinguible más que sobre un cadáver exquisito. El resto es su voz, que, como ya sabemos, era una *voix d'or*.



Autorretrato de Thomas Griffiths Wainewright